

## JUBILEO SACERDOTAL DE S. S. EL PAPA

El 1.º de Enero, aprovechando la oportunidad de empezar el nuevo año, los Consejos Centrales de la *Obra de la Propagación de la Fe* enviaron á Su Santidad el telegrama siguiente:

«Santísimo Padre Pío X.—Vaticano (Roma).

«Consejos Centrales de la *Obra Propagación de la Fe*, humildemente postrados, ofrecen homenaje de religioso respeto y filial obediencia al empezar este año jubilar.

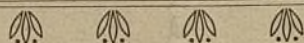
«Los Presidentes,

«SAINT-OLIVE.—HAMEL.»

El mismo día, en nombre de Su Santidad, Su Eminencia el Cardenal Secretario de Estado les envió la siguiente contestación:

«El Padre Santo, agradeciendo vuestros votos, bendice vuestras personas, vuestras familias y vuestras obras.

«CARD. MERRY DEL VAL.»



### LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

#### III

Pero si la grandeza del fin realza á «La Obra de la Propagación de la Fe» hasta donde no alcanza la alabanza humana, la necesidad que ella satisface, hácela, si cabe, más amable para los hombres y más gloriosa para Jesucristo.

¡Oh! blasfeman, cierto, blasfeman y mienten los impíos que escudados tras de impura y descreída civilización, sólo por no verla remozada con sus miserables oropeles ó asquerosos ungüentos, y creyéndola envejecida por los siglos, imaginan que van á asistir á los funerales de la Iglesia de Jesucristo: ¡blasfeman los miserables! No, mil veces no: todavía la Cruz de Jesucristo se pasea triunfadora y adorada por los más grandes pueblos de la tierra; todavía, y sólo porque haya un corazón más que la ame y una lengua más que la bendiga, en apretados escuadrones, obispos y sacerdotes y Religiosos de toda clase y condición, agolpados á las puertas del Vaticano, claman día y noche al augusto prisionero de la dinastía de los piratas: «Padre Santo, ¿á dónde queréis que vayamos á morir por Jesucristo?... *Adsumus!*...» todavía... ¡qué decimos todavía!! viva, eternamente infalible y vivificadora resuena y resonará en el mundo la palabra de Jesucristo anunciando á todas las gentes que todas ellas han de venir un día á postrarse á las plantas de su cruz, para que se realice el divino legado que le hizo de ellas su Eterno Padre; pero, cierto, la hora del triunfo y la misericordia para todo el mundo no ha llegado aún, no ha llegado!

Por eso, mirad: todavía oponiendo á los enviados de Jesucristo más que su legendaria muralla, su fanatismo cuarenta veces secular, allá se alza la egoísta

China, dispuesta á dar aún millares de mártires á la Iglesia; todavía el hijo del Muslím, sólo poderoso ya para martirizar á los débiles y odiar á Jesucristo, aguzza contra El su ya gastada cimitarra en sus inmundos harenos, y el verdugo de la cristiana y heroica Polonia regatea los úkases de libertad para dejarle seguir la religión de sus mayores; todavía los sensuales secuaces del apóstata fraile sajón ó del rey cinco veces adúltero, por doquiera, como su baba los reptiles por el fango, van derramando entre los infieles de sus colonias calumnias y rencores contra la inmaculada Esposa de Jesucristo; en una palabra, todavía millones y millones de seres humanos, en Africa y Asia y Oceanía, y hasta en América y en nuestra misma Europa viven y mueren á lo bestia; todavía millones y millones de almas no saben qué es el cielo, ni aun siquiera han oído el nombre adorable de Nuestro Señor Jesucristo!...

¡Ah! nosotros que al nacer á la vida encontramos los brazos de la Iglesia que velaba ya junto á nuestra cuna, para marcar nuestra frente con el sello divino de hijos de Dios; y alumbrar nuestro camino, como con el sol que no se pone jamás, con la celestial doctrina de Jesucristo; nosotros que vivimos á su sombra, al habla con El, y que hasta confundimos á diario con su sangre divina nuestra sangre, palpando, por decirlo así, que, como la brisa por los campos abrasados, algo de su espíritu y de su bondad sopla mansamente por las instituciones que nos rigen y aun las pasiones que nos martirizan; nosotros, lo repetimos, no tenemos, no podemos tener ni idea de los abismos de iniquidad y sufrimiento, todo á un tiempo, en que están hundidos aún millones de hombres, clamando en vano, en medio del

31 DE ENERO DE 1908



mundo, por la libertad, por el derecho, por el cielo, es decir, por Jesucristo!...

El infanticidio, la poligamia, la embriaguez, el hambre, la esclavitud, el homicidio, el canibalismo... ¡oh! ¿quién podrá siquiera contarlos?... y mil vicios más que, como los gusanos de la podre, brotan del paganismo: devoran todavía, y á presencia de la impotente civilización de los hombres, á una gran porción de la humanidad!

La tercera parte de los niños que nacen en el llamado Celeste Imperio, mueren por obra de las mismas que les dieron vida en sus entrañas; las madres del Africa Central ahogan con sus propias manos al recién nacido, por el solo crimen de no ser á sus ojos bastante hermoso.—«¡Acabo de encontrar—escribía horrorizado no ha mucho un misionero de la «La Obra de la Propagación de la Fe», apenas llegado á Ukijí (Africa Central),— en las afueras de esta población, un gran montón de cadáveres abandonados á las aves del aire y á las bestias del campo!... ¡Estos desventurados no se dan ni siquiera la pena de enterrarlos, para evitarse las horribles pestes que los diezman con frecuencia!...

Pocos años ha, otro misionero de la Obra vió con indecible espanto y dolor, el enorme hoyo abierto en la tierra para tumba de Chezo, rey de Dahomey (Guinea Superior), en el que ¡trescientas de sus mujeres! debían enterrarse á una con el difunto... después de envenenarse á presencia de la embrutecida é indolente multitud, que aplaude con aullidos tan monstruosas hecatombes... ¡Ni fué todo: á efecto de que el muerto rey tuviese *servidores* en el otro mundo, el sucesor ofreció á sus manes ¡más de mil esclavos y prisioneros! sacrificados uno á uno en las bacanales de cinco noches!... ¡Oh! y ¡qué pluma podrá describir los horrores del hambre que con frecuencia devora por millares á esos infelices, que en muchas regiones á fuerza de indolencia ó embrutecimiento han llegado á apagar la luz de la inteligencia en sus almas, á punto de no saber trabajar la tierra, que no conoce ni el riego ni el arado!...

Pero más fiero azote es la esclavitud; la esclavitud con que los unos se destruyen á los otros, azuzados por miserables que sin ser salvajes, con entrañas de tigre explotan la abyección indefinible en que viven, ¡ahora, en nuestros mismos días! aquellos desventurados...!

Stanley, en uno de sus viajes por el Africa Ecuatorial, topó con una caravana de más de *mil* negros de ambos sexos, en su mayor parte jóvenes, que, atadas las manos y uncidos los unos á los otros, unos europeos... ¡oh! ¡no manchemos el papel con su nombre!... ¡hacían conducir como rebaños al matadero, al mercado... humano, donde iban á comprarlos por una vara de género, una cabra, ó alguna otra vileza!... ¡Sólo el vicio pagaba más cara la carne humana, ó más bien las almas por las que Jesucristo murió en la Cruz!... ¡Ay! para encontrar ¡un solo esclavo *útil*! ¡cuántos pueblos deben ser incendiados ó destruidos!... ¡cuántos!... Aquella vez lo habían sido... ¡ciento doce!...

Por eso al solo humear á los *cazadores de esclavos*, ¡oh! ¡si lo vierais!... en montón huyen despavoridos, hombres, mujeres, niños, ¡hasta animales!...

Abreviemos: ¡parece que destila llanto la pluma que escribe tales desventuras!

Pues bien, mientras neciamente envanecidos de su cacareada civilización, hombres, pueblos y reyes se cruzan de brazos delante de tan indecible abyección y desventura, el gemido desgarrador de esas desheredadas razas llegó á herir, más que los oídos, el corazón de la Iglesia; y aunque pobre, saqueada, perseguida: «—Iré—dijose,—iré á buscarlas llevándoles á Jesucristo, al Africa, al Asia, á todos los confines del mundo!...»—Y «La Obra de la Propagación de la Fe» apareció en la tierra, y sólo para eso existe hoy día, y existirá mañana, mientras haya en esas regiones un corazón que consolar y un alma á la que enseñar la Religión, Jesucristo y el cielo!

## IV

Pues bien—aunque sea fuerza decirlo sólo en unas cuantas líneas,—á esa obra humana, civilizadora, cristiana, íbamos á decir divina; á esa obra que los reyes y los pueblos desprecian porque no produce oro ni plata; á esa obra por la que Jesucristo bajó de su cielo y se dejó clavar en la Cruz: á esa, la Iglesia convida á todos los fieles, á todos sus hijos, á todos los amadores de Jesucristo. Por eso es eminentemente católica.

Sí, lectores: «La Obra de la Propagación de la Fe» exige al misionero la libertad, el hogar, la patria, la vida, todo lo que se ama con toda el alma y todo lo que puede exigir Dios á un corazón; pero á vosotros sólo exige ¡una oración y unos céntimos por semana, nada más, nada más!...

Al misionero, para llegar hasta esos infelices, que muchas veces no saben pagarle sino con el odio y el martirio, esle necesario dejarlo todo, caminar muchos días bajo un sol de fuego, por el cauce de los ríos, ó abriéndose paso por bosques impenetrables, solo, sin pan, sin agua, sin lecho;... llegado á ellos, esle menester hacerse albañil, carpintero, labrador, cocinero para sí mismo... ¡oh! ¡no, no es posible hacer ni al revuelo recuento de los sacrificios que el misionero debe afrontar para ir á morir por esas almas!... pero vosotros, desde el hogar, sin privaciones ni peligros, antes con honra y consuelo y recompensa, podéis hacer lo mismo: ¡una oración y unos céntimos por semana os bastan!...

Por eso, no lo olvidéis jamás, á vosotros, á vosotros también desde allá, desde las sombras de su gentilidad, desde el Africa y el Asia y la Oceanía... los huérfanos de Jesucristo claman con gemidos capaces de conmovér á las piedras: «¡Hermanos, vosotros los que gozáis de Jesucristo, compadeceos de nosotros que no sabemos quién es Dios; vosotros que sois felices y libres, mirad nuestras cadenas y lágrimas; vosotros que esperáis una eternidad de gloria, mirad nuestra desesperación, las sombras que nos rodean, los vicios que nos afrentan, las plagas que nos devoran: Hermanos, el hombre nos diezma, la luz nos falta, el hombre trafica con nuestra libertad, el vicio con nuestro cuerpo, el demonio con nuestras almas: extendednos la mano, dadnos luz, dadnos á Jesucristo!...

¡Oh! sí, lectores cristianos, hijos de Dios, ¡dad á «La Obra de la Propagación de la Fe», dad á las almas, dad á Nuestro Señor Jesucristo!

Aunque no; hemos dicho mal: dad á Jesucristo; no;





ALTO LÍBANO.—PUEBLO DE BESCHARRAH Á CORTA DISTANCIA DE LOS CEDROS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el P. de Viallet (Pág. 20)

mejor, ¡prestad á Jesucristo! Como los vapores que la tierra envía al cielo tornan á bajar convertidos en lluvia ó rocío bienhechores; así los céntimos que deis á «La Obra de la Propagación de la Fe,» los devolverá el mismo Señor en bendiciones para vosotros, vuestros

hogares y aun negocios en la vida, y, sobre todo, en coronas inmarcesibles en la eternidad!

El libro de «La Obra de la Propagación de la Fe,» no lo olvidéis, puede ser para vosotros el libro de los predestinados de allá del cielo. ¡Inscribíos en él!

J. R. CARRIÓN, S. J.

## CARTAS DE MISIONEROS

### CONMOVEDORA AUTOBIOGRAFIA DE UN SACERDOTE JAPONÉS

El Ilmo. Canónigo Sr. Marnas, vicario general honorario de Osaka (Japón), nos envía la siguiente carta del P. Pablo Hou-da, sacerdote indígena de la diócesis de Nagasaki. No cabe leerla sin experimentar profunda emoción. Los dolorosos recuerdos personales evocados por este intrépido confesor de la fe, son excelente recomendación en favor de la demanda con que termina su carta.

CARTA DEL RDO. P. PABLO HOUDA, SACERDOTE DE LA  
DIÓCESIS DE NAGASAKI

El año 1869 fué el Japón teatro de violenta persecución. Los cristianos, descendientes de nuestros santos mártires, tuvieron que sufrir los más crueles tormentos. Cuatro mil de ellos, habitantes del valle Urakami, vecino á Nagasaki, fueron arrojados de sus hogares y desterrados á las más extremas provincias del Japón, administradas entonces por crueles gobernadores.

Unos doscientos de estos cristianos fueron desterrados á la provincia de Tosa, en la isla de Shikoku, donde por espacio de un año permanecieron encerrados en

reducida cárcel. Algunos sacerdotes shintoístas, enviados por el gobernador, iban á visitarles con mucha frecuencia, y les exhortaban á abjurar la fe cristiana, diciéndoles que sólo así lograrían salvar sus vidas; pero todos los prisioneros, á despecho de penalidades y miseria, prefirieron la muerte á la apostasía. Por aquel entonces el Japón intentó firmar algunos tratados con distintas potencias de Europa y América, y la Divina Providencia quiso que los cristianos, gracias á esta circunstancia, hallaran algún alivio en los rigores de su prisión. De la cárcel fueron trasladados á las pagodas, donde, aunque sujetos á la constante vigilancia de severos guardias, vivían una vida menos dura.

Al cabo de algunos años recobraron su perdida libertad. Como es natural, inmediatamente regresaron á su país; pero ¡cuál no fué su aflicción al encontrarlo completamente arruinado! Durante el largo destierro, los paganos se habían apoderado de sus casas y tierras. Nada podían reclamar. ¡Sufrieron la más horrible miseria!

El que esto escribe es uno de estos cristianos perseguidos. Catorce años tendría cuando fuí desterrado de



Urakami á la provincia de Tosa. Mi única ambición era seguir las gloriosas huellas de nuestros santos mártires. Encerrado en obscuro calabozo, víctima del hambre y de la enfermedad, estaba gravemente enfermo cuando se dió la orden de trasladarnos á las pagodas.

En uno de esos templos consagrados á los ídolos, un día, sin duda inspirado por el Espíritu Santo, se me ocurrió la idea de que sería más meritorio y agradable al Señor que me consagrara á predicar el santo Evangelio á mis infieles compatriotas, que no el dejarme morir sin mérito en olvidado rincón. Este deseo, creciendo en intensidad, llegó á ser tan vivo, que ante él toda ilusión palidecía y que sólo suspiraba para realizarlo. Decidíme, pues, á salir de mi esclavitud burlando la vigilancia de los guardias. Al revelar este proyecto á mi muy querida madre (mi padre había muerto hacía algunos años), los ojos se le llenaron de lágrimas, y no acertó á pronunciar palabra...

El Señor protegió mi fuga, y con su ayuda llegué á la casa de un misionero. Algunos días después ingresaba en el Seminario, y terminado el curso completo de los estudios (ya de entonces han transcurrido veintiún años), fuí elevado al sacerdocio. He aquí como el Señor, en su sabiduría y misericordia infinitas, me condujo, por vía misteriosa, del deseo del martirio al honor del sacerdocio. Después de mi ordenación, primero fuí nombrado profesor del Seminario.

Luego mi Prelado me destinó á Imamura, provincia de Chikugo, para trabajar en la salvación de las almas. Once años hace ya que trabajo este distrito, y aun hoy continúo siendo el único sacerdote católico que trabaja en él.

Imamura está situada en pleno país pagano. En todas partes, así en los pueblos como en las ciudades, el culto idolátrico vive vida próspera, los templos paganos son magníficos. En Imamura á los cristianos se nos desprecia, principalmente porque el único edificio que tenemos consagrado al culto es una vieja casa de madera, la que, á pesar de varias restauraciones, amenaza ruína. Aunque en realidad ella sea «el lugar santo, la Casa de Dios y la puerta del cielo», no podemos conservar por más tiempo tan mísera construcción. Nuestros enemigos se burlan de ella y la desprecian, y mis pobres cristianos, que sufren al oírlo, buscan medios para construir una iglesia verdadera. Y yo, su misionero, también los busco, amados lectores, y día y noche medito y estudio cómo poder reunirlos. Si tuviéramos una iglesia hermosa, coronada por altivo campanario, pedestal de la Cruz redentora, los paganos todos acudirían en masa á visitarla, y el misionero aprovecharía esta circunstancia para explicarles qué significa la santa cruz, qué las imágenes de los Santos, para enseñarles, en una palabra, la Religión verdadera. El desprecio de que han sido objeto los cristianos por parte de los paganos, pronto se convertiría en consideración y aprecio, que redundarían en beneficio del culto católico. Pero mis cristianos son muy pobres, no pueden reunir el dinero que precisa para construir una iglesia. Si no los ayudan sus hermanos de las naciones católicas, deberán renunciar al hermoso proyecto que tanto aman y tanto anhelan ver realizado. Yo tampoco poseo nada.

El proverbio: «Tal los padres, tal los hijos», puede aplicarse en el más riguroso sentido de la palabra, pues lo poco que poseía mi familia lo destruyó la persecución.

No tengo otros amigos ni conocidos que puedan ayudarme sino vosotros, caros lectores de *Las Misiones Católicas*, á quienes estoy unido por el santo Bautismo y la Religión que profeso. Sólo vosotros, hermanos míos en Jesucristo, podéis ayudarme á realizar el deseo que concebí en la cárcel: glorificar al Señor y salvar almas. Os pido, pues, mejor dicho, os suplico, caros lectores, que os intereséis por mi proyectada iglesia.

Paréceme que con 5,000 dollars (unos 25,000 francos) podría construir un hermosísimo y solidísimo templo. Recibiré con intenso gozo y el mayor agradecimiento de que es capaz mi corazón cualquier limosna, hasta que sea de unos pocos céntimos. Y mientras viva me acordaré cada día en el Santo Sacrificio del Altar, de todos nuestros bienhechores, vivos y muertos, y mis cristianos no los olvidarán en sus plegarias en común. Bien deseara venirme á Europa para tenderos la mano, pero no puedo abandonar mi rebaño. Por eso, caros lectores, me he decidido á suplicaros desde estas páginas. Al leerlas, imaginaos que oís mi voz, que soy yo, el pobre sacerdote japonés, quien os pide queráis ayudar á estos pobres cristianos.

A vuestra caridad y á vuestras piadosas oraciones recomiendo una vez más la obra que tanto anhelo y tanto necesitamos: la construcción de una iglesia católica en Imamura.

El Ilmo. Sr. Cousin, obispo de Nagasaki, al enviar la precedente carta al Ilmo. Sr. Marnas, la acompaña de las siguientes líneas:

El P. Houda es uno de los mejores sacerdotes de nuestra diócesis. Es inteligente, discreto, muy celoso y siempre ha alentado excelente espíritu. Títulos son éstos que le hacen acreedor á todas vuestras simpatías; ayudándole á reunir los recursos que necesita para construir su iglesia, haréis una buena obra, la cual yo seré el primero que agradeceré sinceramente.

## MARRUECOS

Un recuerdo á nuestros héroes de la Guerra de Africa

Del último número de *El Eco Franciscano* extractamos la siguiente para todo español muy interesante correspondencia que desde Tetuán, y con fecha 6 de Diciembre de 1907, escribe el terciario D. Manuel Ortiz; correspondencia que prueba cuántas simpatías sienten por España aquellos pueblos, simpatías que son hermoso fruto de la obra del misionero y de los recuerdos de gloria, legado de heroicas victorias que quizás aún no han producido á la madre patria todo el fruto que de ellas era y aun es dado esperar.

LA colonia española de Tetuán, á pesar de su pobreza, había encargado una corona, para ir á depositarla el día 2 de Noviembre al pie de la santa Cruz del cementerio mayor, llamado de la clase de tropa; y, con la humilde corona, ofrecer sus oraciones por el eterno descanso de los que con desnudo tanto pelearon por la patria en la guerra del 60. La idea primera del donativo no partió precisamente ni de esta Misión, ni de nuestro Consulado, sino de la clase obrera; y aunque



no era el más conforme con las intenciones de la Iglesia, que proscribía en general las coronas, esta Misión y Consulado, y con ellos el resto de la colonia, no vieron inconveniente en asociarse al proyecto, más que por él en sí mismo, por el espíritu patriótico que le informaba, y porque no debían divorciarse de un tan noble pensamiento, cual era, el de consagrar un recuerdo á los olvidados héroes que con valor y generosidad tanta habían derramado su sangre en los campos de batalla.

Este sencillo proyecto fué en seguida acariciado por la prensa de todos los matices. El Gobierno dió las órdenes oportunas para que los cementerios estuviesen lo más decentes posible para el día señalado; mandó una preciosa corona que llamó justamente la atención de todos, con esta significativa inscripción: «A la memoria de los que mueren por la patria, S. M. Alfonso XIII,» y puso á disposición de las comisiones militares y civiles que quisieron asociarse, un crucero y dos vapores mercantes del servicio de la Comandancia de Ceuta.

El día 31, pues, del pasado mes de Octubre, á eso de las dos de la tarde, salieron de Ceuta con dirección á este puerto las Comisiones militares de todos los cuerpos allí existentes, arribando á este puerto cerca de las cuatro de la tarde, y entrando en esta ciudad todos vestidos de uniforme con sus respectivas armas, como habían salido de Ceuta. El siguiente día, festividad de Todos los Santos, todos, sin faltar uno, asistieron á la Santa Misa, que celebró el Capellán castrense. Trajeron consigo cuatro preciosas coronas.

Por la tarde de este día, hacia las cuatro, fondeaba en este puerto el crucero *Extremadura*, conduciendo las Comisiones civiles de Algeciras, Tánger y Larache, y otras varias coronas. En la mañana del 2, á las ocho de la misma, se cantó en esta Misión Misa solemne de *Requiem*, predicando al fin de ella el R. P. Pedro Sarriónandia.

La colonia de Tetuán, y en especial esta Tercera Orden, ofreció la sagrada Comunión por el eterno descanso de todos los fieles difuntos, y en particular por aquellos invictos héroes que derramaron su sangre en defensa de la patria, antes y después de la toma de Tetuán.

Por la tarde de este día, á las dos y media subió la oficialidad y parte de la marinería del *Extremadura*, trayendo también su corona; y á pesar de lo desagradable del tiempo, y después de colocada la gente por el orden de su graduación, se procedió á la conducción de las coronas al cementerio, á la hora convenida: resultando verdaderamente imponente y de un efecto gratísimo á todo corazón español, ver lucir por vez primera, después de un largo intervalo de más de 46 años, los sables y uniformes españoles en esta ciudad moruna, que á tanta costa conquistaran nuestras armas. Presidían la comitiva el teniente coronel D. José Nofuentes, jefe de la expedición de la guarnición de Ceuta, el señor Cónsul de España y el Padre Presidente de esta Misión; y seguían por su orden los demás Jefes y Oficiales, Comisiones civiles y militares y las coronas conducidas por marineros del *Extremadura*, sobresaliendo la corona del Gobierno por su valiosidad y hermosura, que hacía resaltar más el escudo de Castilla que se destacaba en su centro. Así, seguida de la colonia españo-

la y rodeada de numeroso gentío sin distinción de creencias, llegó la ilustre comitiva en religioso silencio hasta el cementerio llamado de la *clase de tropa*, en donde, después de cantado el primer responso con toda solemnidad por el Capellán castrense vestido de capa pluvial, procedióse á depositar las coronas al pie de la santa Cruz, colocando la del Gobierno entre los brazos del lábaro venerando, en señal del abrazo tierno con que España estrechaba en tan solemnes momentos á sus amadísimos hijos que se sacrificaron por ella en las vecinas llanuras. Fué acto verdaderamente tierno que arrancó lágrimas de todos los circunstantes.

Por la noche, hallándonos en la iglesia celebrando la Novena de las Animas, que comenzaba ese día, fué nuestro oído gratamente sorprendido por los acordes de la marcha real española, tocada por la banda militar de la guarnición de Ceuta, que no había podido llegar hasta aquella hora, y hacía su entrada en esta ciudad saludando á sus pacíficos moradores con las melodías de aquel himno nacional, al son del cual en otro tiempo nos abriera toda humillada sus puertas.

Al día siguiente, á las doce, después de regresar del Martín las bestias que habían conducido los músicos, fué la marcha de la oficialidad. Precedían el Gobernador con su guardia especial, todos á caballo; seguía la escolta de la tropa regular, toda á pie y fusil al hombro, menos su capitán, que iba montado; y luego las Comisiones civiles y militares, el Cónsul de España con su intérprete y el Teniente Coronel Jefe de la expedición de Ceuta. Los Padres de esta Misión y muchos otros de la colonia nos adelantamos para despedirles un poco más abajo de las puertas de la ciudad, llamadas de la Reina Isabel. Excuso decirle que todos, moros, hebreos, cristianos, todos confraternizaron dándose el abrazo de despedida.

## NOTICIAS VARIAS

### Lourdes y Colombia.

*Acto hermoso.*—Por encargo de esta república, su ministro plenipotenciario y enviado extraordinario en París, general Vargas, ha enviado al Superior de los capellanes de la Gruta de Lourdes la bandera amarilla, azul y roja de Colombia, rogándole que la enarbole en la Basílica «como un testimonio de la amorosa confianza de aquel país en Nuestra Señora de Lourdes.» Asimismo, en recuerdo de este acto, ha ofrecido el distinguido diplomático una lápida conmemorativa de mármol con una inscripción en letras de oro que dice: «El general Vargas, ministro plenipotenciario de Colombia en Francia, en nombre de su Gobierno, que se enorgullece de ser católico, y en su nombre propio, ofrece la bandera colombiana á Nuestra Señora de Lourdes, como prueba de veneración y de filial reconocimiento.»

### China.

*Estadística y Obras de la Misión del Tche-li-sudeste.*—Como todos los años, la Misión del Tche-li-sudeste hizo el 1.º de Julio su balance anual. Comparándolo con el anterior, resulta que el número de cristianos ha aumentado en 2,808 y el de las cristiandades en 31, y aun cuando debe lamentarse una ligera disminución en el de los catecúmenos y en el de los bautismos de adultos, en cambio el número de los bautismos de



niños ha aumentado en más de 1,200. Además de la Residencia central con que cuenta la Misión, se ha fundado para los misioneros del Sud una residencia secundaria en Taimigfon. Los colegios están instalados en Hsien-hsien, King-tcheou, Tchao-kia-tchuang, Tai-ming-fou y Kai-tcheou. Las farmacias, distribuyendo gratuitamente las medicinas, facilitan la conversión de los paganos, y permiten que reciban el santo Bautismo un gran número de niños moribundos (este año han llegado á 12,599). A los 150 huérfanos asilados en los orfelinatos deben añadirse otros 288, introducidos por la Misión en el seno de familias cristianas. De los 7,209 escolares, á 2,207 la Misión los alimenta gratuitamente, los restantes pagan una módica pensión. Bueno será hacer notar que 1,415 de estos alumnos eran paganos al ingresar en la escuela.

## ESTADO DE LA MISIÓN EN 1907

Cristianos (sobre 7 millones de habitantes) . . . . .	62,454
Catecúmenos. . . . .	8,036
Iglesias y capillas . . . . .	334
Cristiandades. . . . .	783
Sufragáneas . . . . .	1,543
Sacerdotes (de los cuales 20 son chinos). . . . .	69
Hermanos ( » » » 5 » » ) . . . . .	18
Catequistas (de los cuales 287 están al frente de una escuela de niños). . . . .	616
Virgenes catequistas (de las cuales 247 están al frente de una escuela de niñas). . . . .	432

Seminarios (grande y pequeño). . . . .	2—alumnos:	83
Colegios (estudios chinos, lengua francesa, ciencias). . . . .	5— »	599
Escuelas-noviciados de Virgenes-instructoras. . . . .	9— »	183
Orfelinatos. . . . .	4— »	125
Escuelas internas. . . . .	59— »	1,323
Escuelas para niños. . . . .	236— »	3,983
» para niñas. . . . .	226— »	3,226
Catecumenados reducciones. . . . .	2— familias:	76
Farmacias y dispensarios (distribución gratuita de medicinas).. . . . .		22
Imprenta chino-europea. . . . .		1
Bautismos { de niños. . . . . 14,354 } . . . . .		17,127
{ de adultos. . . . . 2,773 }		
Comuniones . . . . .		238,969
Defunciones . . . . .		1,777

## Tanjore (India).

*Inauguración de una nueva Casa salesiana.*—El miércoles 28 de Agosto tuvo lugar la bendición de una nueva capilla, dedicada á María Santísima Auxiliadora, y de una nueva Casa en esta lejana India, en una ciudad casi completamente pagana, donde, al lado de dos únicas iglesias católicas, se alzan no menos de trescientas pagodas, y en donde á menudo aturde al misionero el clamoreo de las fiestas paganas.

## DESDE LA GUINEA ESPAÑOLA.—LA MISIÓN DE ELOBEY

(Continuación)

## Reducción San José (1904)



IGUIENDO historiando por orden cronológico las Reducciones de la Misión de Elobey, tocaríamos hablar ahora de las llamadas Bonché y Claret, fundadas en 1897 y 1901 respectivamente. Pero teniendo en cuenta la relativa importancia que por sus especiales condiciones tuvo

la reducción *San José*, como luego se dirá, creemos será más oportuno anteponer su relación, á fin de terminar con ésta la historia de las Reducciones, de las cuales en la actualidad ya no existen sino vagos recuerdos.

La reducción *San José* fundóse en Enero de 1904. Estaba situada en el territorio llamado *Upuru*, de la vecina costa y bastante cerca del lugar en que estuvo la llamada *Belén* de antaño. Extraño parecerá tal vez al lector que fundaran los misioneros esta nueva Reducción, después de haberse visto obligados á levantar la anterior, según se dijo.

Ciertamente que así pensara quien ignorase los fines que impulsaron á ello ó solamente mirara las obras de Dios con el prisma de las conveniencias. Pero á la manera que la Magdalena, según leemos en el sagrado Evangelio, no se contentó con mirar una sola vez el sepulcro del Salvador, sino que, en fuerza del amor que hacia su divino Maestro sentía, no se cansaba de mirarlo una y otra vez por ver si hallaría en la segunda

al que no pudo en la primera...; así parece también que nuestros misioneros, impulsados por el celo de la salvación de estos morenitos, no se contentaron con haber fundado una Reducción en la vecina costa para convertirlos á la fe de Jesucristo, sino que, viendo frustrada su obra por los ardides del maligno espíritu, quisieron fundar otra, pasados algunos años, por ver si ahora conseguían con mayor acierto lo que muy á pesar suyo no pudieron con la primera.

A más de esto, contribuyó no poco á instalar esta nueva Reducción la adquisición de una modesta casita que allí había, cuyo dueño quiso ceder á la Misión por muy poco precio.

Gozosos nuestros misioneros, y también aquellos indígenas, porque veían reanudarse sus pasadas instrucciones y catequesis, trataron de sanear aquel lugar, pues era muy mal sano. Al efecto, comenzaron por limpiar los alrededores de la Reducción, que estaban llenos de malezas y escombros, plantando, además, árboles frutales y odoríferos en su lugar, como naranjos, limoneros, cocoteros, enanas y otros, con lo cual se mejoró bastante aquel sitio, facilitando así la estancia en ella.

Dos años consecutivos se ejerció desde esta humilde casita el sagrado misterio; la cual ya desde un principio se dividió en dos partes, una para capilla y la otra para habitación del misionero durante su permanencia. En este tiempo se persuadieron que, no obstante las mejoras que se habían hecho para su saneamiento, resultaba todavía muy mal sano aquel lugar por falta de



ventilación; esto, junto con los gastos que debían hacerse para el arreglo de la casita, muy mal parada por la intemperie y el comején, que destruían el maderamen y nipa de que estaba construida, obligó que la dejaran por hacerse cada vez más difícil el vivir en ella. Y tanto es así, que al visitarla por última vez el que suscribe, á fines de 1906, la hallé en tan ruinoso estado, que no parecía la misma. Al separarme de ella y darle mi postrer adiós, no pude menos de exclamar con el corazón henchido de pena: ¡Bendito sea Dios! ¡En qué ha venido á parar la reducción *San José*...!

Dando ya por terminada la relación de las Reduc-

aqueños pueblecitos, sobre todo para los enfermos de gravedad. ¡Cuántas veces ha sucedido que sin tener la menor noticia de la gravedad de uno ó más enfermos, llega el misionero á estas rancharías, guiado sin duda por el santo Ángel de la Guarda, para que administre el santo Bautismo, el sacramento de la Penitencia ó Extremaunción á un pobrecito moribundo...! Y estos casos, que por la bondad del Señor se repiten con frecuencia, son tanto más consoladores por cuanto, humanamente hablando, morirían sin recibir dichos Sacramentos, á causa de la gran distancia que los separa de la Misión y de la poca ó ninguna diligencia que á las



ALTO LÍBANO.—EL RIO AFKA Y UNA CASCADA QUE AFLUYE AL MISMO.— Reproducción directa de fotografía remitida por el P. de Violet (*Pág.* 20)

ciones que hasta ahora llevamos dichas, digamos cuatro palabras de los frutos en ellas recogidos. Y para no ser molestos repitiendo los mismos conceptos, nos concretaremos á enumerar los que se obtuvieron en la comarca donde estuvieron las llamadas *Belén* y *San José*.

A pesar de los pocos años que pudo ejercerse en ellas el sagrado ministerio, pues entre las dos no pasarían de seis, son muy consoladoras las cifras de bautizos y demás sacramentos administrados. Más de ciento veinte infieles han sido regenerados con las aguas del santo Bautismo, ora en las Reducciones, á donde acudían para catequizarlos, ora en sus mismos pueblos cuando el Padre misionero los visitaba en las temporadas que residía en la Reducción. En estas visitas era cuando el celoso misionero hallaba con frecuencia poderosos motivos para alabar al Señor, considerando lo providencial que su visita había de ser para los habitantes de

veces practican sus allegados para socorrerles en tan extrema necesidad.

Otro tanto pudiera decirse de otras muchas obras de celo llevadas á cabo en estas Reducciones, como la catequesis á toda suerte de personas, la detestación de sus *ídolos* y prácticas supersticiosas en que vivían, la unión en santo Matrimonio de muchos indígenas que de otra suerte hubieran continuado en su pésima costumbre de tener cuantas mujeres pueden; pero sobre todo el santo temor de Dios que poquito á poco se les ha ido infiltrando á no pocos de ellos, que antes vivían poco menos que el *caballo* y el *mulo*, y que ahora procuran vivir como buenos cristianos.

Y si á lo dicho se añaden otras ventajas, que podríamos llamar de segundo orden, pero muy importantes, como son: el cubrir su desnudez; el inculcarles que no cometan los lamentables excesos, bebiendo ginebra, caña, etc.; el que procuren el aseo y limpieza en todas



sus cosas; el saber hablar la lengua española; el afecto que hacia vuestra amada patria se observa en todos ellos, según que de palabras y con obras han manifestado repetidas veces... todo esto, repetimos, habla muy alto en favor de los frutos cosechados por los misioneros en estas Reducciones.

Por todo lo cual muy bien podemos gloriarnos en el Señor, porque, si bien es cierto que en sus amorosos designios permitió que se frustraran muchas obras de celo, emprendidas para mayor gloria de Dios y prosperidad de nuestra querida España, es igualmente cierto que, gracias á la visible protección de Aquél, cuyo es, dar incremento á la palabra divina, como dice San Pablo, sembrada y regada con los trabajos y sudores del misionero, son muchos los frutos de vida eterna recogidos en estas Reducciones que acabamos de historiar. *Deo gratias et Mariae! Fiat.*

Mas ahora, antes de comenzar la descripción de otras, creo será muy del agrado de nuestros lectores que les refiera algunos episodios que tengo en mi cartera, y que presencié en las visitas que hice á los pueblos de esta comarca.

Para mayor inteligencia pondré aquí los nombres de dichos pueblos. Son como siguen: *Nvina* (de la tribu *balengue*); *Upuru*, tres barrios (de la tribu *pamue*);

*Ndiña*, junto á un río del mismo nombre; *Abankeba*, dos barrios; *Ebor*, tres barrios; *Noya* y *Sigui* (todos de la tribu *pamue*). Sin embargo es de notar que algunos de estos pueblos ya no existen, ó por haber muerto sus jefes, ó por haberse internado en el bosque para vivir más tranquilos y á su manera. ¡Pobrecitos!

Viniendo, pues, á los casos aludidos, fué muy gracioso lo que sucedió á un cierto *ratero* al poco tiempo de haberse fundado la reducción *San José*.

Creendo, sin duda, que dentro de la casita hallaría muchos objetos que le gustarían, aprovechó la ausencia de los misioneros para hacer de las suyas. Pero, como las más de las veces no tenemos en estas Reducciones ni lo necesario para la vida (en la que ahora nos ocupa tan sólo había una silla de madera muy tosca, una pequeña mesa hecha de un cajón de embalaje, una cama de campaña y un cuadrito de San José, titular de la Reducción), ¡qué burlado, pues, quedaría nuestro *pícaro ratero* al tener que resignarse á echar sus largas uñas en la única prenda que había, ó sea, en el cuadrito del Santo Patriarca! máxime, si se tiene en cuenta, que para lograr su intento sudó antes la gota gorda, descerrajando como pudo la puerta...

(Continuará).

## Á TRAVÉS DEL LÍBANO

POR EL R. P. ALEJANDRO DE VIALET, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Publicamos á continuación las curiosas narraciones que nos envían desde el santo monte citado por los Profetas del Antiguo Testamento y que ofrecen un verdadero contraste, pues mientras la primera describe una de las más formidables plagas de que son víctimas los países subtropicales, la segunda ensalza uno de los más bellos productos de la flora libanesa. Una y otra esperamos harán simpático á los lectores de *Las Misiones Católicas* el nuevo trabajo del P. Alejandro de Viallet, que no había aparecido todavía en nuestras columnas.

### I. — Nieve amarilla



STABA escribiendo tranquilamente en mi aposento, cuando súbitos y desahorados gritos salidos de todas las montañas vecinas me hicieron asomar á la ventana. Pero confieso que si mi trabajo hubiera sido muy intenso no lo hubiera abandonado, pues los gritos aquí en el Líbano no son cosa rara ni extraordinaria, sino que está muy en uso el corresponder de una montaña á otra por este género de telefonía rudimental y ruidosa. No obstante—y ésta es mi excusa,—los

gritos me parecieron más dolorosos y desahorados que de costumbre; hirieron mis oídos como desgarradores lamentos.

Iba á preguntar la causa de tan dolorosas quejas, cuando algo rápido y ruidoso como el vuelo de extraño animal pasó casi rozando mis oídos. Apenas tuve tiempo de volver la cabeza para ver qué era aquello que tal ruido movía, cuando diez, veinte, toda una lluvia de

langostas que obscurecían el espacio pasaron por delante de mis ojos, al mismo tiempo que de las casas vecinas salían estas tristes exclamaciones: «¡Padres, otra vez la langosta!» En efecto, iba á presenciar una lluvia de langostas; para verla mejor abandoné mi estancia y salí á la calle.

Recuerdo haber oído hablar de lluvias de langostas desde los años de mi tierna infancia... ¿Por ventura no se encuentran en la Historia Sagrada las diez plagas de Egipto, una de las cuales fué precisamente una lluvia de langostas? Y Algeria, ¿no recibe con demasiada frecuencia, por desgracia, la visita de ese animal devastador?

Además, recuerdo que, cuando joven alumno de cuarto, traduciendo cierto pasaje de Plinio en que describe con mucha complacencia y estilo no siempre claro esta terrible plaga, mi imaginación de niño la había enriquecido con tal variedad de detalles, que traspasé los límites de la realidad.

Amigo lector, si has observado durante el invierno como la primera nevada cubre con sus blancos copos los árboles, tejados, calles, en fin, toda la superficie de la tierra, puedes formarte una idea de lo que son las lluvias de langostas. He dicho «lluvias» únicamente para pagar el tributo al uso vulgar, pues esta palabra á mi parecer está mal empleada, indica demasiada rigidez en la caída, demasiada violencia, demasiada celeridad; es «nieve de langostas» lo que debe decirse, ó simplemente «la nieve amarilla.» Porque si sustituis los blan-



cos copos de nieve por la inmensa multitud de amarillas langostas que se precipitan sobre una extensión para devorarla, cubriéndolo todo, árboles y plantas, tejados y terrazas, caminos y carreteras, campos y plazas, y esto algunos kilómetros á la redonda, tendréis una escasa idea de lo que es—cuando por desgracia cae sobre los países orientales—la lluvia de langostas, ó, mejor dicho, la nieve amarilla.

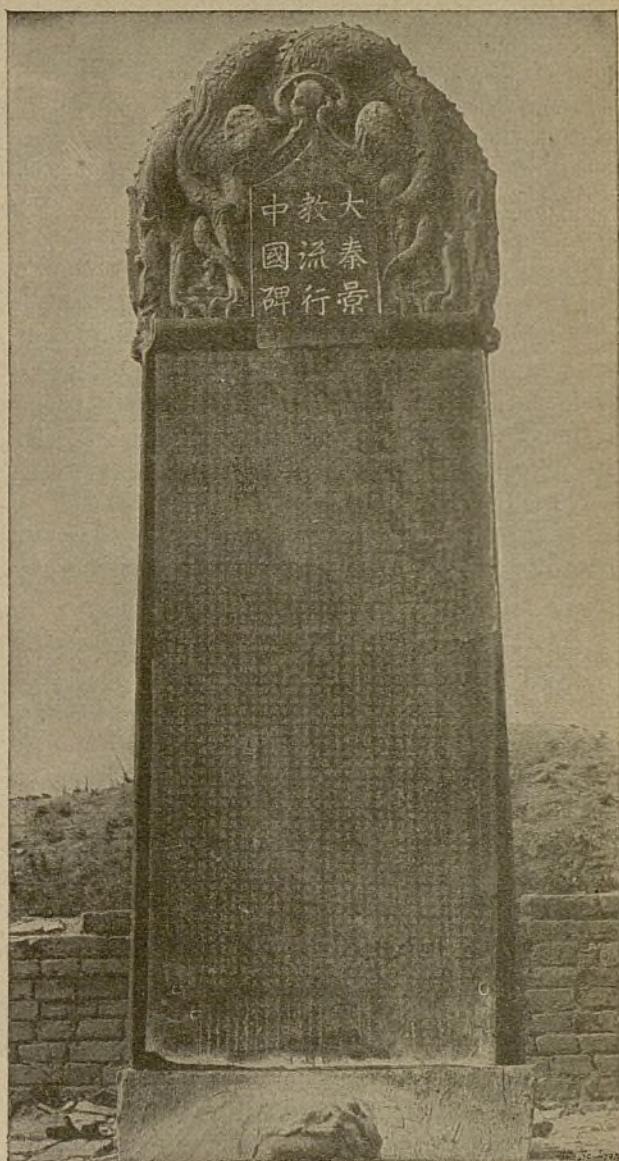
Un detalle que prueba la exactitud de mi comparación, es el ruido que produce esta caída de ortópteros. Estos copos amarillos vuelan, y sus transparentes alas hacen un ruido semejante al del viento de otoño, que arrastra en pos de sí las hojas secas desprendidas de los árboles.

El viejo Plinio nos da de ello una idea muy distinta: «Su vuelo produce un ruido estridente, parecido al vuelo de grandes pájaros...» Pero no se crea que únicamente hacen ruido las langostas; el que ellas producen apenas se percibe entre el alboroto que mueven aquellas desdichadas gentes al ver que una vez más, como dice la Sagrada Biblia, será pasto de las langostas el fruto de sus sudores. Apenas esta lluvia viviente empieza á caer, en todas partes se oyen fuertes clamores y gritos desesperados, y lamentos acompañados del mayor alboroto posible, con el que estas desgraciadas gentes pretenden ahuyentar el terrible animal. Golpeando latas de petróleo vacías, y con un recipiente de hierro dentro del cual han echado dos ó tres piedras, mueven una algazara colosal. Añadid á esto la masa del pueblo que enloquecida corre hacia los árboles para protegerlos á toda costa, voces de auxilio, el continuo disparar de los fusiles para comunicar la noticia á los vecinos montes, gente que sube á los tejados para enarbolar una bandera roja que bien presto quedará cubierta de langostas, el ronco son de una vieja corneta... Esto sería ridículo y risible si no lo motivara el anhelo de salvar las cosechas y librar á los pueblos de la pobreza que les amenaza.

¡Y no os propongáis matarlas!... Porque perderíais tiempo y trabajo; esto fuera lo mismo que empeñarse en sacar agua del mar con un cesto. Mataríais, sí, y mataríais muchas, diez, veinte de una vez; pero al matar éstas se levantarían un centenar y caerían un metro más lejos, y otras sin número irían á ocupar el lugar que abandonaseis. Lo mejor es impedir que se instalen en el país, y de aquí viene que se mueva tan descomunal alboroto. El humo, una densa humareda, suele dar excelentes resultados. Esta produce el efecto deseado siempre que las langostas vienen de un corto viaje, pero si hace mucho tiempo que vuelan, y, en consecuencia, están fatigadas, á pesar de la humareda y aun á pesar del más terrible alboroto, caen en vuestros campos y los arrasan.

Es, pues, fácil alejarlas, diréis. ¡Oh, sí, muy fácil; empeñaos en quitar la nieve cuando cae densa y copiosa! Podréis servirlos de vuestra escoba, pero el lugar barrido, una vez hayáis vuelto la espalda, volverá á quedar más blanco que antes. Pues lo mismo sucede con las langostas; por esto en lengua hebrea langosta significa «multitud.» En fin, para formaros una idea concreta de lo que es la lluvia de langostas, nada hay tan á propósito como aquellas palabras del Exodo que

revelan la plaga enviada por Dios al insumiso Faraón. Los libros humanos lo explicarán más detalladamente, con más datos y palabras, pero ninguno producirá la impresión que producen las palabras siguientes, que, como he dicho, son sacadas del Exodo: «Cubrieron la su-



CHINA.—CÉLEBRE MONOLITO CRISTIANO EN SI-NGAN-FOU  
(De una fotografía)

La inscripción que hay en este monolito data del siglo VII, y en ella se dice que desde el año 635 al 781, salvo un corto período, la religión cristiana fué libremente predicada en China y se le guardó consideración.

perficie de la tierra, talándolo todo... y no quedó cosa verde en los árboles ni en las hierbas de la tierra en todo Egipto.»

Esto es la descrita terrible plaga, que excede á lo que imaginado hubiere la más atrevida imaginación. Luego el Espíritu Santo indica la consecuencia de estas nubes de langostas; arrasan el país por donde pasan.

A decir verdad, ahora no he presenciado este último lamentable espectáculo, y de todo corazón deseo no presenciarlo por el bien que quiero á mis amados libaneses. No obstante, intentaré describiros lo que sucede en caso semejante; la última «lluvia» de hará unos cinco ó seis años me servirá de modelo.

Las langostas que nos acaban de llover no son muy



voraces, pues hasta el presente, que ya parece haber cesado la lluvia, sólo han devorado muy parcialmente morales y campos de trigo. ¿Quedarán satisfechas?

Si se marchan antes de la cría, sí; de lo contrario, no. Y todo induce á creer que se quedan, pues la lluvia que no para hace días, las retiene refugiadas bajo hojas y piedras.

¡La cría! ¡Esta es la verdadera plaga! Machos y hembras revolotean á vuestro alrededor, y caen mezclados en ciego desorden á vuestros hombros, á vuestras espaldas, á vuestros pies. El macho—siete centímetros de largo—es amarillo de pies á cabeza, exceptuando unos cuernecillos algo negros: sus alas son de un amarillo muy pálido, jaspeadas de brillante color castaño; en el pecho tiene una mancha gris, igual al color de la hembra. Esta, generalmente algo mayor que el macho, sólo tiene amarillas las patas y las alas; el resto del cuerpo es de un color gris fuerte, muy elegante para un traje de señora.

En el momento de la postura, cavan un agujero en el suelo (8 milímetros) hunden en él el abdomen y depositan sus huevos. Hecha esta operación, los cubre cuidadosamente, siempre con el abdomen, de blanca espuma;

algunos autores que tratan esta materia, añaden en sus libros que cubre con tierra el nido para ocultarlo. Parece que no es muy cierto este detalle, pues los dos que he visto tenían el orificio al descubierto. ¿Sería por dejadez ó inadvertencia? Lo dudo; porque de estas cosas sólo suelen ser víctimas los hombres inteligentes. En breve, dentro cuatro ó cinco semanas, según haga sol ó llueva, de allí saldrá la ruina de los campos, en forma de langostas, todavía sin alas, horriblemente hambrientas, en el número aterrador de 80 á 90 por nido.

Y entonces empieza la devastación completa anunciada en la Sagrada Escritura: todo lo invaden estos voraces animales. El trigo es roído en su mismo tallo, los frutos en el árbol, y de la verde hierba que viste los valles y las faldas de las montañas, no queda nada, absolutamente nada. Cuando toda hierba está ya consumida, estos insaciables verdugos de las cosechas se aferran á los troncos de los árboles y los roen profundamente. Una vez crecidos y fuertes las alas, abandonan el arruinado país, y emprendiendo vigoroso vuelo, van á caer en otro, todavía rico y floreciente, para continuar allí su obra destructora.

(Continuará).

## SANGRE DE ESCLAVOS MEZCLADA CON CACAO



REVIEW of Reviews trae un largo artículo que encabeza: *Slave blood mixed with cocoa*: "Sangre de esclavos mezclada con cacao;" del cual entre-sacamos los siguientes párrafos:

"Mr. W. Nevinson en *Fortnightly Review*, escribe que en la provincia portuguesa de Angola, en el centro del Africa, hay un comercio de esclavos tan atroz como cualquiera de los que se hacían doscientos años atrás.

"Después de decir cómo los reducen á la esclavitud, continúa:

"Muchos de ellos son transportados á las islas de Santo Thomé y Príncipe, donde hay grandes plantaciones de cacao. En el continente se supone que cada esclavo es un trabajador contratado legalmente por cinco años; pero el consentimiento del indígena es una pura fórmula, nunca se obtiene en realidad. El número de aquellos infelices exportados para dichas islas es anualmente de 1,400 poco más ó menos. Ninguno vuelve jamás á su país.

"La cotización de ellos es como sigue: En Benguela puede comprarse un muchacho joven por 10 libras esterlinas, y si es mujer por 25 libras. Pero en Santo Thomé, al agente, por un adulto, hombre ó mujer, se le dan 16 libras.

"Cuando estuve allí (habla Mr. W. Nevinson), esperaban los amos de las fincas que se les iba á exigir de 25 á 30 libras por cada "servigal:" bracero. Y me he enterado después que hoy se pagan 35 y aun 40 libras por un trabajador robusto, sea hombre ó mujer: quizás á ello se deba el alza del precio del cacao.

"Antes las islas de Santo Thomé y Príncipe eran famosas por su café; pero hoy la excesiva producción del cacao y el grande comercio del chocolate, ha reducido la importancia del café. Como el Ecuador pasa por el extremo Sur de Santo Thomé, y Príncipe dista sólo 80 millas al Nordeste, y ambas tienen lluvias periódicas y están cubiertas frecuentemente de neblinas que conservan la humedad, son excelentes para la producción del cacao. La quinta parte del cacao que se produce en el mundo procede de aquellas dos islas, de donde se sigue que una quinta parte del chocolate que se toma en el mundo, es producto del trabajo de esclavos.

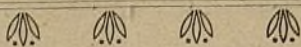
"Y por lo que toca á Inglaterra, como se surte de cacao en Lisboa, y consume una tercera ó cuarta parte de la producción de aquellas islas, resulta que indirectamente paga una tercera ó cuarta parte de aquellos esclavos.

"Por esta causa tres grandes compradores de cacao, juntos, y bajo una sola firma, convinieron en enviar á Mr. John Burt en comisión para investigar la verdad de lo expuesto. La contestación es aún confidencial, pero por esto mismo es una práctica confirmación de lo expuesto por Mr. Nevinson.

"Como consecuencia se harán representaciones al Gobierno portugués por los compradores ingleses, y el Ministro de Negocios Extranjeros en Inglaterra ha declarado que las autorizará.

"No seguimos copiando, aunque Mr. Nevinson continúa señalando las medidas que deberán tomarse y probablemente se tomarán, dice, para acabar con la esclavitud en las posesiones portuguesas."

(De L. G. E.).





ENRIQUE SIENKIEWICZ

# LOS CABALLEROS TEUTONICOS

(Continuación)

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

—Conviene que os vayáis allá sin pérdida de tiempo, pues esos bandidos no dejarán de enviaros mensajeros que os propongan el rescate de vuestra hija á cambio de la libertad de Bergow. Si no lo han hecho ya, es porque el escudero del joven caballero de Bogdanietz rompió un brazo á Danveld, que aún debe estar enfermo. Id, id, pues, á Spychovo, y tan pronto como ocurra alguna novedad, tened la bondad de anunciármelo. Estad seguro de que os devolverán vuestra hija á cambio de de Bergow, lo cual no será obstáculo para mi venganza, por la afrenta personal que me han inferido, robando á vuestra hija de mi casa...

La Duquesa se preguntaba si, antes de marcharse Iurand, no debía ella enterarlo del matrimonio efectuado entre Zbyszko y Danusia. Pero luego de haber reflexionado, creyó indiscreto aumentar su aflicción con esta noticia.

—Puesto que Zbyszko le acompaña á buscarla, ya él buscará ocasión oportuna para decírselo. Si yo se lo dijese ahora, sería capaz de volverse loco el pobre hombre.

Y prefirió hablar de otra cosa.

—No imputéis á ligereza nuestro modo de obrar, dijo á Iurand con las lágrimas en los ojos. ¿Cómo íbamos á suponer que aquellos hombres que traían una carta con vuestro membrete no fuesen vuestros criados? Y por otra parte, ¿con qué derecho podría yo oponerme á lo que creía ser vuestra voluntad, é impedir á una hija que fuese á ver á su padre enfermo?...

—No acuso á nadie, señora, dijo Iurand.

Luego prorrumpió en sollozos, empezó á mesarse los cabellos, repitiendo con voz ronca:

¡Jesús, Jesús, Jesús!

Pero Zbyszko corre hacia él, y sacudiéndole con todas sus fuerzas, exclama:

—¡Calmaos! ¡Es hora de ponerse en marcha! ¡A Spychovo!...

XX

**I**URAND y Zbyszko caminaban juntos, conversando íntimamente.

El padre de Danusia hizo al joven infinitas preguntas respecto á los cuatro Caballeros Teutónicos que habían venido al castillo de Prasnyz.

Y de vez en cuando, como si quisiese grabar sus nombres en la memoria, los repetía entre dientes:

—¡Danveld, Löwe, Rogerio, Godofredo!

Después bajó la cabeza, y Zbyszko creyó que se había dormido sobre el caballo. Pero Iurand no

dormía, sino que estaba aplastado bajo el peso de su horrible desgracia, y reflexionaba tristemente...

Zbyszko, á su vez, se puso también á meditar. Se daba cuenta ahora de que para luchar con los Teutónicos no bastaba ser valiente; era preciso ser tan perverso y astuto como ellos. Sentía en el alma el verse privado de los preciosos consejos de su tío Mateo, cuya sagacidad corría parejas con su valentía, mientras que Iurand era excelente para la guerra, pero desconocía por completo las malas artes de los Caballeros, y no tenía ni pizca de malicia. Pero ya procuraría él solo desenvolverse y salir del paso. Por vía de ensayo decidió enviar á Prusia á Sanderus, á quien su calidad de vendedor de reliquias daba grandes facilidades para meterse en todas partes. Estaba, pues, decidido á mandarlo tan pronto como llegasen á Spychovo y hablase de ello á Iurand. Dado caso de que Sanderus les hiciese traición, su falsedad no podía tener consecuencia alguna perjudicial á sus investigaciones, mientras que si cumplía fielmente su misión, podía prestarles inapreciables servicios.

Cuando al amanecer, después de haber pasado toda la noche á caballo sin dormir, Iurand y Zbyszko se miraron, de tal manera se habían desfigurado desde la víspera, que apenas pudieron reconocerse mutuamente.

En medio del inmenso dolor que oprimía su corazón, Iurand no pudo sustraerse á la emoción que le produjo el profundo pesar que se reflejaba en el semblante de Zbyszko.

Y le dijo:

—Danusia te salvó la vida echándote su velo sobre tu cabeza... Pero á la verdad no sabía que la amabas con tanta vehemencia...

Entonces Zbyszko, mirándole casi con insolencia, le respondió:

—¡Es mi esposa!

Fué tal la estupefacción de Iurand ante tan inesperada respuesta, que deteniendo el caballo se quedó mirando fijamente al joven durante unos segundos.

—¿Qué dices? preguntó al fin.

—Digo y repito que Danusia es mi mujer y yo su marido.

El caballero de Spychovo, como si hubiese sido deslumbrado por el súbito resplandor del rayo, se cubrió los ojos con el guante, y sin decir una palabra avanzó con su caballo.

Luego, colocándose á la cabeza del cortejo, prosiguió su camino en silencio.

Entretanto Zbyszko, que se había quedado algunos pasos más atrás, se dijo:



—Prefiero que se enfurezca á verle así.

Y acercándose á Iurand empezó á contarle todos los detalles de su matrimonio con Danusia. Habló-le del amor sin límites que por ella sintió desde su primera entrevista en Tynietz, de las promesas que le había hecho, de la escena con Lichtenstein y de la manera casi milagrosa con que ella le salvó la vida en el momento en que lo conducían al cadalso. Le aseguró que jamás había pensado en casarse con Danusia sin obtener antes su consentimiento, y que si tomó tal determinación fué á impulsos del temor de que aquella funesta y precipitada marcha obedeciese á que Iurand quería dar á otro hombre la mano de Danusia.

Y á medida que se sucedían sus palabras, iba creciendo su emoción hasta llenársele los ojos de lágrimas; pero su corazón varonil se sobrepuso y trató de dominarse, prosiguiendo su relato.

—Esos hombres vinieron á buscarla hacia el anoche y querían llevársela en seguida, pero la Duquesa les dijo que esperasen hasta el amanecer. Entonces fué cuando el Señor me inspiró la idea de pedirla en matrimonio, pues, si me moría, á lo menos habría tenido este consuelo. El Duque estaba ausente, y la Duquesa vaciló en un principio por no tener con quién aconsejarse. Por fin habló de ello al abate Wysznek, y ambos se compadecieron de mi dolor. En efecto, unas horas antes de la marcha de Danusia, el abate Wysznek bendijo nuestra unión... ¡Era la voluntad de Dios!...

—¡El castigo de Dios! interrumpió Iurand con voz entrecortada por los sollozos.

—¿Castigo de Dios porque nos hemos casado? dijo Zbyszko. No. No debéis olvidar que esos hombres vinieron á buscarla cuando aún nuestro matrimonio no se había efectuado, y se la hubiesen llevado aun cuando éste no se hubiese llevado á cabo.

Iurand no respondió palabra, y prosiguió su camino silencioso y con el semblante sombrío é impenetrable...

Entretanto el cortejo se encontró en una encrucijada, delante de un hostel llamado Swietlik, donde Iurand solía hacer alto para dar descanso á sus hombres y á sus caballos cuando volvía á Spychovo de la corte de Mazovia. De tal modo se había acostumbrado Iurand á hacer esta parada, que esta vez casi maquinalmente detuvo el caballo al llegar delante del hostel.

Un momento después Iurand y Zbyszko se encontraron solos en una habitación reservada. De súbito el anciano caballero se para ante el joven, le mira fijamente durante largo rato, y dice:

—¿Es decir que por ella has venido á la corte del Duque?

—¿Os figuráis que voy á negarlo? respondió Zbyszko casi con brusquedad, creyendo equivocadamente que era otra la intención de Iurand al hacerle esta pregunta.

Pero en el semblante del anciano guerrero no había el menor asomo de cólera, sino un dolor sin límites.

—¿Y tú eres el que salvó á mi hija en la cacería?

prosiguió. ¿Y ahora vienes á ayudarme á buscarla?

Entonces Zbyszko le miró admirado, pues ya antes le había hecho las mismas preguntas.

—¿Se volverá loco de pena este hombre? pensó para sí.

Y acercándose á Iurand:

—Sentaos un poco, le dice. ¿Os sentís indispuesto?...

Pero Iurand, en lugar de sentarse, levantó los brazos, los puso sobre los hombros de Zbyszko, y de repente le estrechó fuertemente contra su corazón. Zbyszko, sumamente conmovido, hizo otro tanto, y ambos permanecieron enlazados largo rato como si se sintiesen ligados el uno al otro por la misma desgracia, por una pena común.

Luego Zbyszko dijo:

—¿No me queréis mal?

—No, respondió Iurand. Si me oponía á tu matrimonio con mi hija era porque en mi alma la había ofrecido á Dios.

—Vos la habíais ofrecido á Dios, y Dios me la dió á mí. ¡Era su santa voluntad!

—¡Su voluntad! ¡Mas ahora necesitamos su misericordia!

## XXI



CONFORME á lo que había previsto Nicolás de Dlugolas, apenas Iurand había llegado á Spychovo, cuando recibió á los emisarios de la Orden Teutónica.

Eran dos: un peregrino y una sirviente de la Orden.

Tan pronto como entraron, Iurand se plantó delante de ellos, y con voz aterradora les preguntó:

—¿En dónde está la niña?

Al ver al célebre domador de alemanes, el peregrino y la buena mujer aquella empezaron á temblar como azogados. Sin embargo, al cabo de un rato, la mujer tomó la palabra:

—Señor, no comprendemos lo que quieren decir vuestras palabras; pero la persona que nos confió una misión para vos, nos ha ordenado que os habláramos sin testigos.

(Continuará).

## LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

*Para la Obra de la Propagación de la Fe*

Gijón.—D.<sup>a</sup> Bárbara Hevia. . . . . 13'75 Ptas.

*Para las Misiones más necesitadas*

Motrico (Guipúzcoa).—Una persona piadosa. . . . .	10	Ptas.
Id. Id. —Una persona piadosa. . . . .	25	»
Valencia.—D. Antonio Hernández. . . . .	12'12	»
Zugarramurdi.—E. O. . . . .	5	»
Zaragoza.—D. <sup>a</sup> Josefa Delgado. . . . .	5	»

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona